



Delhi. Palacio del Virrey.

COMITÉ HISPANO-INGLÉS

RESUMEN DE LA CONFERENCIA QUE, SOBRE SUS TRABAJOS ARQUITECTÓNICOS, DARÁ SIR EDWIN L. LUTYENS EN EL AUDITORIUM DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, EL JUEVES 14 DE JUNIO DE 1934, A LAS SIETE DE LA TARDE

PARECE, en mi sentir, algo así como una imperlinencia venir desde tan remotas tierras a hablar a ustedes. No tengo arte para hablar y las palabras, para mí, más que servidores fieles son rebeldes que escapan a mi dominio.

Mi habitual medio de expresión es más bien el lápiz y su complemento de valor inestimable, la goma de borrar, que desgraciadamente no sirve para anular la palabra hablada. Así es que suplico vuestra paciencia y tolerancia.

Sin el don de la palabra se comprende que no puedo ser orador elocuente; pero no podía rechazar vuestra invitación a venir a este hermoso y simpático país, donde desde hace largos años he disfrutado de una hospitalidad plena de atrayente cortesía.

El tema de la arquitectura, sobre el que se me ha rogado hablarles, es un amplio tema —de tal amplitud que labra en piedra la historia del mundo—, y este tema acaso sea más conocido por intermedio de la arqueología.

La arqueología no es más que la sirvienta de la arquitectura, sirvienta que ha salido de su esfera, halagada por sus novios, los sabios catedráticos, quienes la embaucan diciéndola que vale más que su señora —la Señora y Madre de las Bellas Artes.

Es el «cómo» y el «por qué», y no el «cuándo» ni el «dónde», lo que es de interés primordial para el arquitecto.

Dió la casualidad, hace unos días, de que un periódico me pidió que expresara mi opinión sobre un artículo sobre arquitectura destinado a una enciclopedia. Enviáronme un modelo del libro, con 300 páginas en blanco y tres impresas. Al abrirlo, veo en mayúsculas la palabra «ARCHITECTURE». Este solo nombre me inspiró para mi crítica, y únicamente después de echarla al correo se me ocurrió que acaso fuera bueno leer el artículo... Me iba enterando de que había vivido Arquímedes y de que, naturalmente, se había muerto, cuando llamó mi atención el apartado «ARCHITECTURE» y al llegar, por último, a la palabra «ARCHITECTURE» me di cuenta de que Arquímedes nada tenía que ver con la arquitectura fuera de su precedencia alfabética.

Quedé confuso por mi descuido y sólo me tranquilicé al recibir una carta de gracias con frases de encomio. Pero, prescindiendo de mi equivocación, no creo que iba muy descaminado, ya que seguramente Arquímedes fué el primer gran inventor que se esforzara en resolver los problemas sólo por lo que de arte tenían y no por su utilidad, lo cual constituye la diferencia fundamental entre el arquitecto y el ingeniero. Su obra floreció en la construcción del Partenon de Atenas, monumento que eclipsa todo lo demás creado por el hombre. Contemplarlo ahora en estado de ruina es el más triste espectáculo que puede ofrecerse a un arquitecto.

Téngase en cuenta que todas sus líneas verticales tienden a converger en lo alto hacia un punto determinado, y que todo lo horizontal representa superficies de esferas descritas desde otro punto determinado abajo. Sólo cuatro piedras en la estructura

son análogas, y no hay más que dos intercambiables.

El talento del arquitecto creó la belleza del Partenon como la savia ciega del tronco produce la hermosura del castaño, del olmo, de la azucena y la rosa. Sólo la savia ciega del saber puede elevar la belleza a una altura tal que la vista humana no alcance a juzgarlo. El ojo es el mero testigo de la mente genial.

Cada obrero debió ser un matemático y cada matemático un escultor. La mayoría de estos trabajadores supongo que no habrán sabido leer ni escribir. Habiendo expuesto su fórmula, sin inclinación de gusto ni preferencia que tanto nos halaga y suele servirnos de guía, ellos trabajaban igual que la savia ciega que, labrando en el interior, crea la implacable y perfecta hermosura de la naturaleza. Seguramente no era el ojo quien les dirigía, mientras que para nosotros es la ayuda más útil.

Visitando a un amigo hace unos diez años, halléme con un octogenario, coronel retirado del ejército de la India, que se había dedicado a la construcción de cuarteles y edificios análogos. Me dijo que ya con la vista perdida había planeado un teatro de ópera y una catedral. Le pedí me los mostrara, y me contestó que no pudiendo dibujarlos él mismo, tampoco había encontrado a nadie que se lo hiciera. Me ofrecí en el acto y a las nueve de aquella noche empecé a dibujar a su dictado. Tuve dificultad en seguirle por la prisa con que dictaba, y me felicité de que no llegara a conocer mis errores.

Ya eran las dos de la madrugada cuando su anciano esposo entró a recordarnos lo avanzado de la hora. Miró por encima de mi hombro, y exclamó: «pero ¡qué hermoso es!» —apreciación que iluminó de gozo el rostro ciego del viejo coronel Strachey.

Acaso no fuera malo que los estudiantes se ejercitaran en diseñar de memoria, dictando por cifras para que un compañero trasladara la idea a la cuadrícula.

Jaime I de Inglaterra y IV de Escocia, en ocasión de hallarse de cacería —en un intervalo de las luchas entre España e Inglaterra— tropezó con los ingentes restos druidicos que llamamos Stone Henge. El Rey mandó a su arquitecto le explicara el origen y objeto de estas construcciones. Íñigo Jones, tal vez el más grande de los arquitectos ingleses, le contestó que, sin duda alguna, aquello era un templo toscano del tiempo de los romanos, lo que a mi juicio demuestra que se puede ignorar la arqueología y sin embargo ser un gran arquitecto.

He tenido el privilegio de trabajar con artifices analfabetos, quienes sin embargo producían obras de encanto.

Así es que los conocimientos que juzgamos tan valiosos, no son esenciales para la concepción, aunque no niego la comodidad y satisfacción que proporcionan al que los posee. Y creo que Arquímedes, delineando con su báculo en las orillas del mar lo que la savia inspiraba a su mente, logró crear lo más hermoso.

Cuán distinto es el cuadro que ofrece la figura

del famoso orador Lord Burke, quien, resumiendo hará unos doscientos años un discurso sobre la belleza, sentó el principio de que una cosa bella había de ser redonda y suave, cálida y rosada. No dijo el grado de redondez, de suavidad, de calidez ni colorido, dejando este tema de controversia para la gente de gusto que se pasa la vida manejando el adjetivo.

En todos los países la arquitectura se ha desarrollado por influjo de las costumbres nacionales y las condiciones climatológicas y geológicas. A través de los siglos, el progreso ha tenido su flujo y reflujo. Hoy día la máquina y el intranquilo automóvil han roto la tradición, y se prescinde de la geología para utilizar materiales universales.

La escuadra del arquitecto ha adquirido vida en forma de postes y vigas de hierro, líneas paralelas cortadas a medida y faltas de toda entasis y combadura. Los coeficientes de seguridad se han reducido tanto que los edificios modernos darían la sensación de milagro a las generaciones pasadas, apareciendo como trampas, que habrían de coger a los incautos que a tal artimaña se acercaran.

La literatura se ha hecho el amo y rige por selección de palabras, aclamando como mejor la última palabra. La originalidad sirve de reclamo, y la novedad se emplea por su propia ingenuidad. La belleza, en el sentido antiguo, se ha esfumado —confiemos en que sólo esté dormida y que despertará otro día con nuevo vigor. No conozco ningún adjetivo empleado por Arquímedes.

Me han rogado que yo enseñe unas vistas de mis propias obras, y es el riesgo más desconcertante que se le puede hacer a uno. Mi único consuelo es que al proyectarlas en la pantalla, la oscuridad esencial a la proyección ocultará mi sonrojo y confusión.

Estas fotografías se exhiben por cortesía de la Editorial propietaria de la revista *Country Life*.

1. *Croskeshbury*.—Un muchacho de dieciocho o diecinueve años y más ávido de construir que de aprender fué encargado por un amigo de construir una casa en el condado de Surrey. Fué su primera obra, y como tal está llena de errores y muestra todo el aturdimiento propio de la juventud.

2. *Minstead Wood*.—Dos años después se construyó esta casa en un bosque del mismo condado. Este encargo fué una gran distinción por ser de Miss Jekyll, la entusiasta reformadora de la jardinería inglesa, a quien se puede acallar como la madre de todo lo mejor que hoy exhiben los jardines ingleses. Se ve la fachada que da al jardín, hecha en piedra de la comarca y roble. El mampostero que labró la fachada y el carpintero eran ancianos analfabetos.

3. *La Casa del Deán en Sowning*.—Una pequeña casa cerca de Londres, situada al lado de la carretera, con gran jardín detrás.

4. *Marsh Court*.—Una casa construida con pie-

dra de greda en el valle del río Test, famoso por sus truchas.

5. *Maytham*.—Una casa del condado de Kent, construida para un hacendado inglés.

6. *Heathcote*.—Una casa en el Yorkshire para un acapulador industrial, en las afueras de un gran centro fabril.

7. *Holy Island*.—Restauración de las ruinas de un castillo del tiempo de Enrique VII, sobre una isla de la costa del Northumberland.

8. *Castle Drogo*.—En los páramos del Devonshire. Fué condición precisa que habría de construirse enteramente de granito y roble, sin utilizar ladrillo ni hormigón alguno.

9. *Tyringham*.—Templetes gemelos a ambos lados de una piscina, destinados el uno a la música y el otro a refectorio de los bañistas. En el templete de la música el órgano es subterráneo y la salida de sonidos está al ras del suelo, que es un enrejado de hierro y latón. Los resultados acústicos son excelentes.

10. *Britannic House*.—La sede social de la Sociedad «Anglo-Persian Oil Company» en la «City» de Londres. El solar hacia curva por el lado sur, originando curiosos problemas.

11. *68, Pall Mall*.—Un Banco de Londres.

12. *120, Pall Mall*.—Un salón-exposición en Londres. Los materiales de uso general en Londres son el ladrillo y la piedra Portland, una caliza.

13. *La Embajada británica en Washington*.—Situada en una ladera con el declive suficiente para que el piso primero de la Cancillería esté al nivel del bajo de la casa principal. Está construida con ladrillo y piedra caliza.

14. *Hampton Court Bridge*.—Un puente de hormigón sobre el Támesis, con la supraestructura y el parapeto en ladrillo y piedra.

15. *Delhi*.—Del cual mucho se dirá o podrá decirse.

16. *Pabellones en Runnymede*.—Uno es la portería y vivienda del guarda, y el otro un pabellón de descanso con oficina de registro y dependencia para venta de postales y otros fines. Estos pabellones están situados a la entrada de la pradera de Runnymede, parque nacional, donde el rey Juan firmó la Carta Magna, que dió a Inglaterra las libertades que todavía disfrutamos. Se construyeron hace tres años y demuestran cómo el muchacho de añojo sigue fiel a las tradiciones de su país.

17. *Monumento en Thiépal a los desaparecidos*. Uno de los monumentos de la gran guerra erigidos en Francia en memoria de los muchos muertos que no han sido hallados. En sus paneles están inscriptos 73,077 nombres de los caídos en el Soma.

18. *Monumento de Arras.*— Otro, erigido en honor de 34.021 soldados del Imperio Británico que cayeron en las cercanías de Arras, y de 1.021 de sus compañeros de la Aviación que hallaron la muerte en el frente oeste y sin tumba conocida.

19. *Monumento de Etaples.*— El cementerio de los que murieron en el Hospital de Etaples.

20. *Monumento a la Marina mercante.*— Erigido en Tower Hill, Londres, para conmemorar a los marinos mercantes que dieron su vida por la patria.

21. *El Crucifijo.*— En Londres, rememora a

todos los muertos en la gran guerra. Aunque sencillo, se inspira en un sentimiento de reverencia, que se expresa en su labor, por cuanto todas sus líneas verticales convergen en un punto imaginario a unos 300 metros de altura y las superficies horizontales representan esferas de un radio de 300 metros.

22. *La Catedral metropolitana de Liverpool.*— Acaba de inaugurarse, y existe el propósito de terminar lo antes posible, el Sagrario y la Capilla de Nuestra Señora de Liverpool, Reina de los Mares, y la Capilla del Santísimo Sacramento. El resto se hará oportunamente.



Catedral de Liverpool.